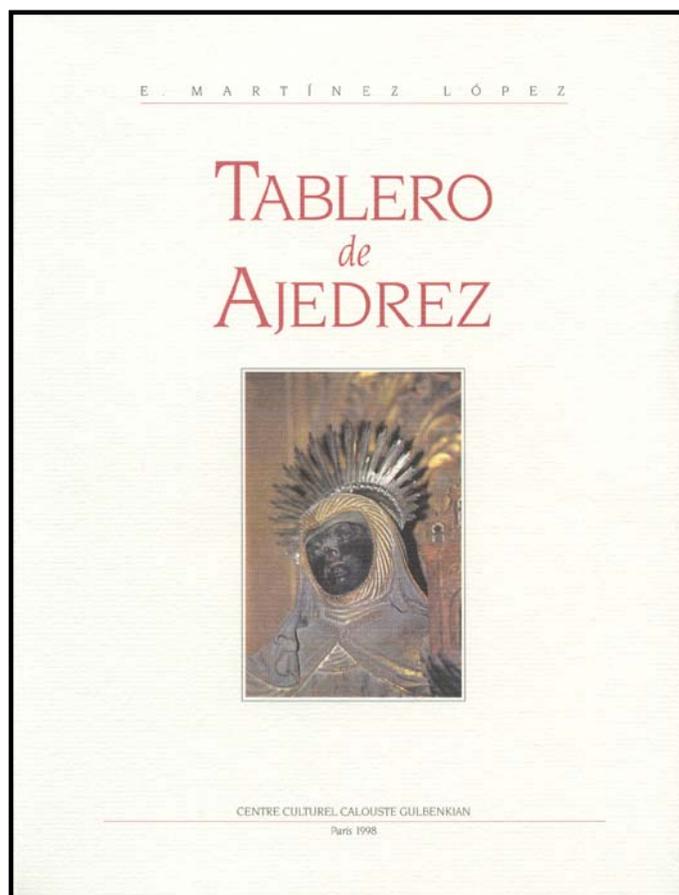


Martínez López, Enrique. *Tablero de ajedrez*. París: Centre Culturel Calouste Gulbenkian, 1998. pp. 199., 27 ilustraciones
ISBN: 978-972-8462-03-4

Reviewed by D. McGrady



Es bien sabido que los especialistas en la literatura española no se interesan en lo portugués, y que los interesados en lo lusitano no se preocupan de lo español. Además sucede que los especialistas en un período no suelen leer nada de otra época. Esa excesiva especialización explica que en cinco años no haya salido noticia de un importante libro que abarca la literatura del Siglo de Oro español junto con la luso-brasileña, hasta el siglo XIX. La presente reseña se propone corregir ese olvido injusto.

El título de este impresionante volumen no indica claramente su contenido, pero éste sí aparece en el subtítulo: “Imágenes del negro heroico en la Comedia española y en la literatura e iconografía sacra del Brasil esclavista”. (La imagen del título proviene de unos versos de Lope de Vega al final de *Servir a señor discreto*: “Si tengo / hijos, ajedrez serán, / pues serán blancos y negros”; véase la p. 39, no. 39.) En la “Introducción” Martínez López indica

que Lope de Vega fue el que libró al negro de su imagen de un ser inferior y risible en *El negro del mejor amo* (1599-1603) y *El santo negro Rosambuco* (1604-07). En estas obras Lope hizo al prieto “hablar y pisar fuerte enfrentándolo con el blanco como pirata, bandolero, [...] galán enamorado o bello enamorado de blancas, soldado valiente” (14). Estos rasgos dieron pauta entre 1612 a 1674 a obras por Claramonte, Jiménez de Enciso, Godínez, Pacheco, Vélez de Guevara, Enríquez Gómez, Diamante y otros. Paralelamente en la pintura, un poco más tarde, Velázquez realiza una liberación parecida del negro, comenzando con *La cena de Emaús* (1616), donde el centro del cuadro está ocupado por una esclava negra (ilustración 5). Hacia 1650, Velázquez retrata a su esclavo y discípulo Juan de Pareja con porte de caballero (ilustración 6). Entre los seguidores de Lope, el primero que lo imitó en el dibujo del negro peleador y heroico fue Claramonte en *El valiente negro en Flandes* (1612), obra que gozó de popularidad durante más de un siglo. Este prieto valiente y guerrero tuvo descendencia más tarde en Pacheco (*El esclavo más dichoso*, 1641), Vélez (*El negro del Serafín*, h. 1643) y Enríquez Gómez (*Las misas de San Vicente Ferrer*, h. 1660). El primer negro en dejar obra escrita –en latín– fue hijo de una esclava de Antonio Folch y Cardona, el duque de Sessa (padre del mecenas –si merece ese

título— de Lope de Vega), el cual estudió humanidades y fue profesor de latín en Granada, y por eso recibió el nombre de Juan Latino. Jiménez de Enciso escribió (después de 1620) una comedia sobre el humanista granadino que se casó con una hidalga blanca, titulándola precisamente *Juan Latino*.

En el capítulo I (“Tablero de ajedrez: integración de blanco y negro”) el autor estudia cómo se caracterizaba el negro mediante la representación de su habla incorrecta y de su comparación con animales (sobre todo el perro), y la trayectoria de la imagen del ajedrez para significar la mezcla de las razas. En el II (“El héroe negro y el casticismo ibérico”) Martínez López muestra cómo el nuevo protagonista se identificaba con la ideología dominante en España: su sangre negra era prueba de que no padecía el contagio de ancestros judíos. El capítulo III (“Negros en los altares y en las tablas”) trata de los que se hicieron santos en Iberia y en el Brasil. El IV (“Baronio, los Felipes de Castilla y Portugal y el tráfico negrero”) indaga lo que buscaba César Baronio cuando incluyó al emperador etíope Elesbán (Ella-Atsbeha; mediados del siglo VI) en su *Martyrologium Romanum* en 1586. El V (“El casticismo negro de Santa Ana”) investiga qué motivó al carmelita calzado José Pereira de Santa Ana (1696-1759), brasileño, a escribir las únicas biografías conocidas de Ifigenia, una santa apócrifa (243 páginas), y Elesbán, un santo cuestionable (560 páginas). Resulta que Santa Ana escribió con fines antiesclavistas. Ambos santos negros eran (según Santa Ana) carmelitas calzados. El VI (“La voz de Vieira y la punible oposición al esclavismo”) señala que “la esclavitud legal y su tráfico negrero aparecían legitimados por la Escritura” (95), y así no fueron condenados por la Santa Sede hasta 1888. Al contrario, diferentes voces de la Iglesia presentaron la esclavitud como una acción civilizadora que salvaba el alma a hombres criados en la barbarie. Un sacerdote que tuvo valor para oponerse a semejantes barbaridades desde mediados del siglo XVII fue el padre António Vieira, quien argumentó contra la esclavitud en sus sermones. El capítulo VII (“San Elesbán Matablancos, alternativa abolicionista a San Benito de Palmero”) contrasta las posibilidades opuestas ofrecidas por dos santos negros, el primero violento y el segundo pacifista. El mismo contraste reaparece en el capítulo VIII, “El negro hostil y hermoso contra ‘Das Haus Gonzales Perreiro’, ‘Im Hafen von Rio-Janeiro’”. El triste tema principal del “Colofón” es que la abolición de la esclavitud se debió a la revolución industrial, que quitó el valor económico a esa explotación, y no a una postura moral de la Iglesia, que se refugió en antecedentes bíblicos.

La erudición desplegada por Martínez López es inmensa, no solamente para las distintas literaturas y épocas, sino que abarca además la historia, la historia de las ideas y las bellas artes. Al final hay un índice de autores, obras y asuntos, y una bibliografía comprensiva (las obras se citan abreviadamente en el texto). Las erratas son pocas y fácilmente corregibles, y el tomo está bellamente impreso, en papel magnífico y con abundantes ilustraciones.